



COLEGIO DOMINGO EYZAGUIRRE  
SAN BERNARDO / EL BOSQUE

ASIGNATURA: **PROBLEMAS DEL  
CONOCIMIENTO**

PROFESOR (a): ROBERTO ESPINOZA

### Guía Pedagógica N°9

<b>Nombre:</b>	<b>Curso: 4to A</b>
<b>Fecha inicio:</b>	<b>Fecha Término</b>

#### Descripción Curricular de la Guía

<b>Nivel</b>	<b>N° 1</b>
<b>EJE</b>	No tiene
<b>Objetivos (sólo los números)</b>	AE 3
<b>Habilidades a evaluar</b>	<i>OA a Formular preguntas significativas para su vida a partir del análisis de conceptos y teorías filosóficas, poniendo en duda aquello que aparece como "cierto" o "dado" y proyectando diversas respuestas posibles.</i>

#### Instrucciones

Esta guía debe estar desarrollada en tu cuaderno.

Recuerda que en lo posible debes trabajar con lápiz pasta NEGRO.

**No realices todas las actividades de una vez. Toma descansos de a lo menos 15 minutos para continuar con el trabajo.**

**Cualquier duda puedes consultar al siguiente correo electrónico:**

[r.espinoza@colegiodomingoeyzaguirre.cl](mailto:r.espinoza@colegiodomingoeyzaguirre.cl)

#### Unidad 2

**Diversidad de observadores y diversidad del conocimiento.**

#### Subunidad 1

**La percepción humana como proceso activo y selectivo.**

La percepción y los sentidos.

En psicología se pudo apreciar que la percepción es un proceso que nos permite conocer y en muchos casos comprender el mundo en el cual nos encontramos. Es más, muchas veces es nuestra percepción la que nos construye el mundo en el que nos movemos y vivimos, es por esto por lo que poseemos diversas percepciones acerca de la realidad. Esto provoca que *percepción* y *descripción* (en sentido amplio) sean términos complementarios en cuanto al conocimiento. Tendemos a describir lo que percibimos y, por otra parte, nuestras percepciones son moldeadas por el lenguaje y por nuestras definiciones de las cosas. De esta forma se establece el fuerte vínculo entre percepción, cognición y lenguaje. Es debido a esta problemática que nos ha seguido todo el año que es preciso descubrir la relevancia que tienen los sentidos y la percepción en esta "construcción de mundo". El texto a continuación tiene por sentido el hecho de problematizar en el asunto de tener un sentido más desarrollado que el primordial (dentro

del supuesto de que nuestra visión prima por sobre el resto de los sentidos que poseemos) y cómo esto cambia la forma habitual de entender el mundo.

## **El mundo según Grenouille**

### **Patrick Süsskind**

Se disponía ya a alejarse de la aburrida representación para dirigirse a su casa pasando por las Galerías del Louvre, cuando el viento le llevó algo, algo minúsculo, apenas perceptible, una migaja, un átomo de fragancia, o no, todavía menos, el indicio de una fragancia más que una fragancia en sí, y pese a ello la certeza de que era algo jamás olfateado antes. Retrocedió de nuevo hasta la pared, cerró los ojos y esponjó las ventanas de la nariz. La fragancia era de una sutileza y finura tan excepcionales, que no podía captarla, escapaba una y otra vez a su percepción, ocultándose bajo el polvo húmedo de los petardos, bloqueada por las emanaciones de la muchedumbre y dispensada en mil fragmentos por los otros mil olores de la ciudad. De repente, sin embargo, volvió, pero sólo en diminutos retazos, ofreciendo durante un breve segundo una muestra de su magnífico potencial... y desapareció de nuevo.

Grenouille sufría un tormento. Por primera vez no era su carácter ávido el que se veía contrariado, sino su corazón el que sufría. Tuvo el extraño presentimiento de que aquella fragancia era la clave del ordenamiento de todas las demás fragancias, que no podía entender nada de ninguna si no entendía precisamente ésta y que él, Grenouille, habría desperdiciado su vida si no conseguía poseerla. Tenía que captarla, no sólo por la mera posesión, sino por la tranquilidad de su corazón.

La excitación casi le produjo malestar. Ni siquiera se había percatado de la dirección de donde procedía la fragancia. Muchas veces, los intervalos entre un soplo de fragancia y otro duraban minutos y cada vez le sobrecogía el horrible temor de haberla perdido para siempre. Al final se convenció, desesperado, de que la fragancia provenía de la otra orilla del río, de alguna parte en dirección sudeste.

Se apartó de la pared del Pavillon de Flore para mezclarse con la multitud y abrirse paso hacia el puente. A cada dos pasos se detenía y ponía de puntillas con el objeto de olfatear por encima de las cabezas; al principio la emoción no le permitió oler nada, pero por fin logró captar y oliscar la fragancia, más intensa incluso que antes y, sabiendo que estaba en el buen camino, volvió a andar entre la muchedumbre de mirones y pirotécnicos, que a cada momento alzaban sus antorchas hacia las mechas de los cohetes; entonces perdió la fragancia entre la humareda acre de la pólvora, le dominó el pánico, se abrió paso a codazos y empujones, alcanzó tras varios minutos la orilla opuesta, el Hotel de Mailly, el Quai Malaquest, el final de la Rue de Seine...

Allí detuvo sus pasos, se concentró y olfateó. Ya lo tenía. Lo retuvo con fuerza. El olor bajaba por la Rue de Seine, claro, inconfundible, pero fino y sutil como antes. Grenouille sintió palpar su corazón y supo que no palpitaba por el esfuerzo de correr, sino por la excitación de su impotencia en presencia de este aroma. Intentó recordar algo parecido y tuvo que desechar todas las comparaciones.

Esta fragancia tenía frescura, pero no la frescura de las limas o las naranjas amargas, no la de la mirra o la canela o la menta o los abedules o el alcanfor o las agujas de pino, no la de la lluvia de Mayo o el viento helado o el agua del manantial... y era a la vez cálida pero no como la bergamota, el ciprés o el almizcle, no como el jazmín o el narciso, no como el palo de rosa o el lirio... esta fragancia era una mezcla de dos cosas, lo ligero y lo pesado;

no, no una mezcla, sino una unidad y además sutil y débil y sólido y denso al mismo tiempo, como un trozo de seda fina y tornasolada... pero tampoco como la seda, sino como la leche dulce en la que se deshace la galleta... lo cual no era posible, por más que se quisiera: ¡seda y leche! Una fragancia incomprensible, indescriptible, imposible de clasificar; de hecho, su existencia era imposible. Y, no obstante, ahí estaba, en toda su magnífica rotundidad. Grenouille la siguió con el corazón palpitante porque presentía que no era él quien seguía la fragancia, sino la fragancia la que le había hecho prisionero y ahora le atraía irrevocablemente hacia sí.

Continuó bajando por la Rue de Seine. No había nadie en la calle. Las casas estaban vacías y silenciosas. Todos se habían ido al río a ver los fuegos artificiales. No estorbaba ningún penetrante olor humano, ningún potente tufo de pólvora. La calle olía a la mezcla habitual de agua, excrementos, ratas y verduras en descomposición, pero por encima de todo ello flotaba, clara y sutil, la estela que guiaba a Grenouille. A los pocos pasos desapareció tras los altos edificios la escasa luz nocturna del cielo y Grenouille continuó caminando en la oscuridad. No necesitaba ver; la fragancia le conducía sin posibilidad de error.

A los cincuenta metros dobló a la derecha la esquina de la Rue de Marías, una callejuela todavía más tenebrosa cuya anchura podía medirse con los brazos abiertos. Extrañamente, la fragancia no se intensificó, sólo adquirió más pureza y, a causa de esa pureza cada vez mayor, ganó una fuerza de atracción aún más poderosa. Grenouille avanzaba como un autómatas. En un punto determinado la fragancia le guió bruscamente hacia la derecha, al parecer contra la pared de una casa. Apareció un umbral bajo que conducía al patio interior. Como en un sueño, Grenouille cruzó este umbral, dobló un recodo y salió a un segundo patio interior, de menor tamaño que el otro, donde por fin vio arder una luz; el cuadrilátero sólo medía unos cuantos pasos. De la pared sobresalía un tejadillo de madera inclinado y debajo de él, sobre una mesa, parpadeaba una vela. Una muchacha se hallaba sentada ante esta mesa, limpiando ciruelas amarillas. Las cogía de una cesta que tenía a su izquierda, las despezonaba y deshuesaba con un cuchillo y las dejaba caer en un cubo. Debía tener trece o catorce años. Grenouille se detuvo. Supo inmediatamente de dónde procedía la fragancia que había seguido durante más de media milla desde la otra margen del río; no de este patio sucio ni de las ciruelas. Procedía de la muchacha.

Por un momento se sintió tan confuso que creyó realmente no haber visto nunca en su vida nada tan hermoso como esta muchacha. Sólo veía una silueta desde atrás, a contraluz de la vela. Pensó, naturalmente, que nunca había oído nada tan hermoso. Sin embargo, como conocía los olores humanos, muchos miles de ellos, olores de hombres, mujeres y niños, no quería creer que una fragancia tan exquisita pudiera emanar de un ser humano. Casi siempre los seres humanos tenían un olor insignificante o detestable. El de los niños era insulso, el de los hombres consistía en orina, sudor fuerte y queso, el de las mujeres, en grasa rancia y pescado podrido. Todos sus olores carecían de interés y eran repugnantes... y por ello ahora ocurrió que Grenouille, por primera vez en su vida, desconfió de su nariz y tuvo que acudir a la ayuda visual para creer lo que olía. La confusión de sus sentidos no duró mucho, en realidad, necesitó sólo un momento para cerciorarse ópticamente y entregarse de nuevo, sin reservas, a las percepciones de su sentido del olfato. Ahora olía que ella era un ser humano, olía el sudor de sus axilas, la grasa de sus cabellos, el olor a pescado de su sexo, y lo olía con el mayor placer. Su sudor era tan fresco como la brisa marina, el sebo de sus cabellos, tan dulce como el aceite de nuez, su sexo olía como un ramo de nenúfares, su piel, como la flor de albaricoque... y la

combinación de estos elementos producía un perfume tan rico, tan equilibrado, tan fascinante, que todo cuanto Grenouille había oído hasta entonces en perfumes, todos los edificios odoríferos que había creado en su imaginación, se le antojaron de repente una mera insensatez. Centenares de miles de fragancias parecieron perder todo su valor ante esta fragancia determinada. Se trataba del principio supremo, del modo según el cual debía clasificar todos los demás. Era la belleza pura.

Extracto de Patrick Süskind, *El Perfume: historia de un asesino*, Seix Barral/Planeta, Santiago, 1993.

Responda las preguntas que aparecen a continuación.

- 1.- ¿Qué percibía Grenouille que no percibimos nosotros (o normalmente no lo percibimos)?
- 2.- ¿Les gustaría vivir en un mundo donde su sentido olfativo predomina sobre su sentido de vista? ¿En qué consistirían las diferencias?
- 3.- ¿Cuán fácil o difícil es describir olores? ¿Cómo habrá sido el proceso utilizado por Süskind para imaginar el personaje de Grenouille?
- 4.- ¿Les ha pasado que un olor les trae a la memoria alguna persona o situación? ¿Por qué podrían ser tan evocativos los olores?
- 5.- Grenouille desconfió por primera vez en su vida de su sentido del olfato porque no creía que una persona podría oler tan bien. ¿Podríamos tener algunos prejuicios análogos respecto a lo que nosotros vemos?